

El autor de las décimas continúa asombrado ante el éxito de la obra que se presenta en el cerro Santa Lucía

## Roberto Parra, feliz con su negra Ester

Cada vez que se presenta "La negra Ester" en el cerro Santa Lucía, a Roberto Parra le ocurre lo mismo: "Como hilos se me ponen las piernas de tanto aplauso".

VERONICA WAISSBLUTH  
Veinte años durmió —dice Roberto Parra— antes de salir "con esta cabeza de pescado", que se trata "de un amor sincero, de un amor tan grande".

Ahora entonces, con las *Décimas de la negra Ester* ya paridas, actuadas y aplaudidas todas las noches de pie por moros y cristianos, a su autor le tiemblan el mentón y las piernas.

—Como hilos se me ponen, tanto aplauso. Yo no sé cómo dio tanto que hablar. Nicanor sabía esto. El sabía quién era la Violeta, desde el principio. Sin Nicanor no hay Violeta ni Roberto. Por eso yo lo llamo hermano padre.

Nicanor Parra le decía que las décimas eran grandiosas, aunque se irían a reconocer en cincuenta años más. "Bueno, se reconocieron antes, pero que quede bien claro: gracias a este gran elenco y a Andrés Pérez".

Mano a mano trabajaron todos, él y el Teatro Circo, y Roberto Parra se admira del vuelco que dio la vida; "viene esta juventud, esta *patota* sabiendo todo, porque aquí no hay ni más ni menos que yo".

Lo llama por su nombre a Boris Quercia, el actor que lo personifica: "Roberto le digo, él sabe los movimientos que hago yo, la manera de sentarse, todo: un excelente actor, un excelente amigo".

—Y Rosa Ramírez, la protagonista, ¿se parece a la negra?

—No importa eso. No importa si la negra Ester era más grande o más *pechugona*: esta niña, esta actriz es la que queda y ella es la negra Ester.

Bien habilosa cuenta que era la negra. A ella le tocaba su *jazz guachaca* para que bailara. "Al principio le puse *jazz guachaca sin pifias*, pero Nicanor me dijo que mejor era ponerle *jazz guachaca, cero pifias*".

Se acuerda que se reían los

dos de cualquier cosa, "nos reíamos en la cama, conversábamos. 'Oye, yo voy a ir a tu pieza', le decía a la negra. 'Salir a gatear' se llama eso. No se tiene para qué ir debajo de un árbol, con las estrellas. Eso es romanticismo, jeso no se usa, vamos *altiro* a la pelea nomás!"

Asegura que conoce la vida del cabaret tal como conoce a la guitarra. "A mí no me engaña ni la guitarra ni la puta", y para él era como una hermandad que había entre las asiladas y los músicos del burdel.

### Tierras de parafina y baile

En "El 445" trabajó; en "Las Baldosas", en "Los Siete Espejos", en "La Chabela", del puerto de San Antonio y del puerto de Valparaíso.

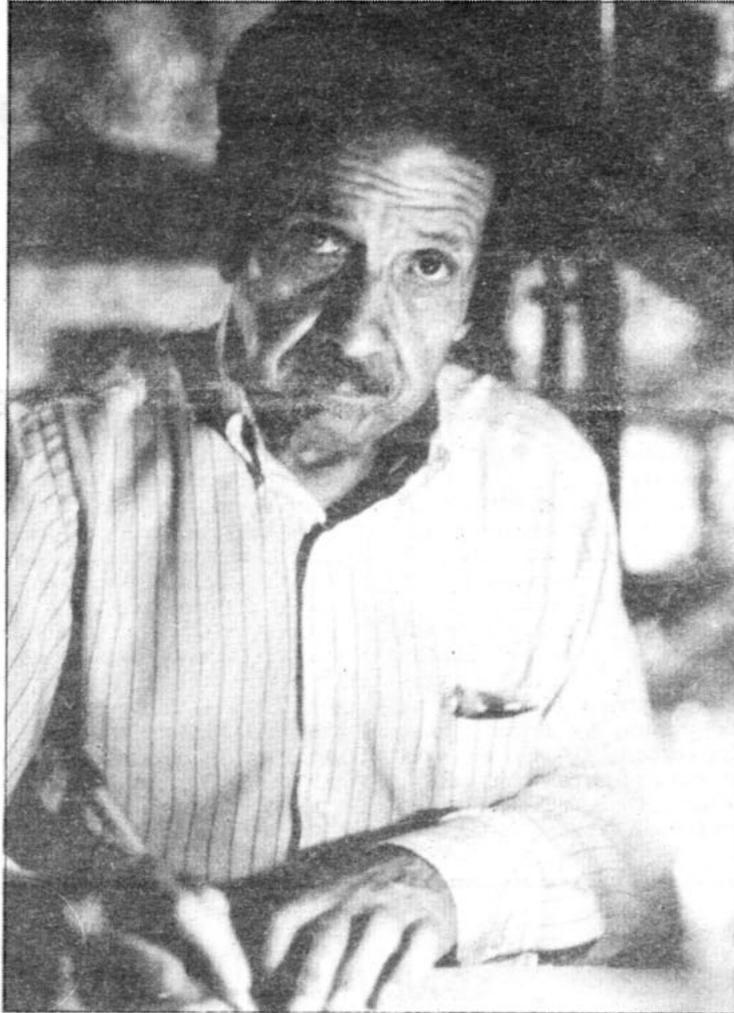
—Yo pasaba *emparafinado* y en la madrugada, después de trabajar, qué se iba a ir a acostar uno. Porque después uno tiene picadas, en la casa de cena siempre hay comida. Como a las once de la mañana me iba a acostar y después, *emparafinado* de nuevo. "Maestro, ¿cómo está para tocar" me preguntaban, yo contestaba que bien pero después me quedaba dormido detrás del piano. Es mejor estar bueno y sano, así se toca correcto, pero en el cabaret uno pasa siempre a medio filo.

Cuenta de clientes que se pasaban una semana con una niña, y lo llamaban para ir a tocarles a la pieza. "Uno se iba de pieza en pieza y lo pasaba a la *pinta*".

—¿Y sigue pasándolo a la "pinta"?

—A veces, a veces, pero yo ya jubilé.

Dice que en los puertos todavía hay pescadores que lo conocieron de esos tiempos, pero que de los músicos no hay ninguno vivo: "El Pipo, la Florcita, todos muertos porque todos muer-



Roberto Parra: "Se trata de un amor sincero, de un amor tan grande".

ren jóvenes de una maldita enfermedad que había antes de la penicilina, la tuberculosis. Un pianista, Oscar Bravo se llamaba, murió de 31 puñaladas. Había mucha muerte, por *boche*, por cualquier cosa".

Respeto, sí, siempre había. "El *cafiolo* es aguapado pero no ladrón. Si ve que un cliente se está proparando con su amor que tiene ahí, va y la defiende".

El de amores fue novato. Se enamoró por primera vez de Zunilda Soto, a los nueve años. Solamente la vio una vez, y la vio después en la estación:

—Tenía yo un cajoncito para lustrar, ella iba vestida de blanco con celeste, vestida de Lourdes iba con un sombrero. Cuando se fue, un pitazo, desapareció mi Zunilda y llorando quedé.

Se enamoró después, y mu-

chas veces. "Es que son tan bonitas estas mujeres... Pero enamorarme para siempre, meterme, no".

—Así como a la negra Ester: la quiso y de todas maneras la dejó...

—Porque sabía que no me iba a casar pues. A los años después fue que me casé.

Su mujer es la folclorista Catalina Rojas, "que me dio dos lindas *lolas*". Toda la plata que gana —"yo no sé ni cuánto será"— va a ser para ellas.

—Les compré unos trajes de baño porque se fueron al sur, y esos para dormir, ¿cómo se llaman?, sacos de dormir.

Cuenta que "hace tres años estamos aparte, pero nos visitamos igual. Ella me trata como rey y yo como reina. Es muy buena mujer, muy buena madre, y le tengo un cariño espiritual muy grande".

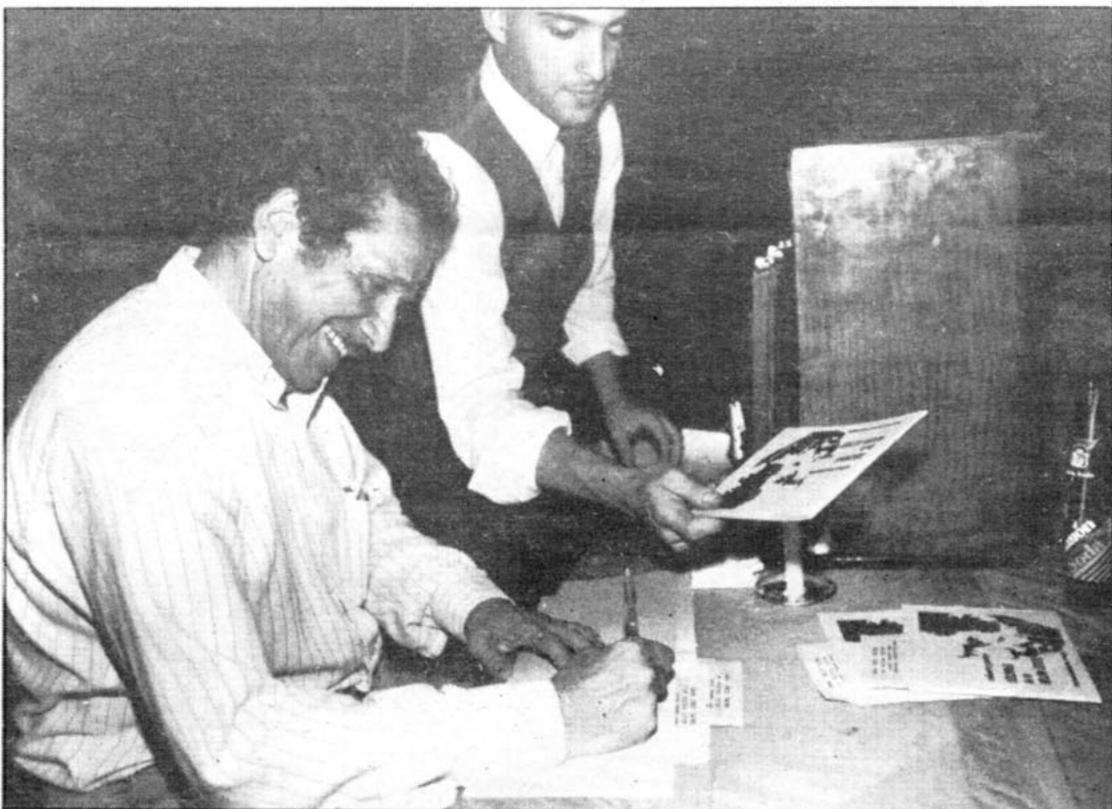
Eso sí, indica que ahora su amor más importante —apunta hacia arriba— es Dios. "Claro que no voy a ninguna iglesia; ¡si este está ahí nomás esperando que uno le pida algo!".

Otro amigo grande que tiene "es Carlos, Carlitos Gardel. No me falla nunca, era de otro planeta. Si todos estos grandes parece que son de otro planeta".

El también ha estado en otros planetas. Así consta en otra de sus obras, que se llama *Entre luche y cochayuyo*, donde dice que "nosotros los del más allá también tenemos derecho a hacer zamba canuta o decir las doce palabras redobladas, hablar en jerigonza".

Allí también declara "me dediqué al zapato, vendí volantes en el mes de agosto, bolitas, trompos y naipes *juleros*. Pero todo era entretención".

Entretención entre el cielo y el infierno; para la risa y para el llanto. Igual que las *Décimas de la negra Ester* montadas por el Teatro Circo, que como Roberto Parra dice, "son un tremendo *tandeo* grande, pero bien hecho".



El autor firmando sus "Décimas a la negra Ester". "Yo no sé cómo dio tanto que hablar".